



CAPÍTULO XXIII

Devoción de Rosa al Santísimo Sacramento del altar; por él se dispone á padecer valerosamente el martirio.

SI FUERON admirables los favores que Rosa recibió vistiendo la imagen de Santa Catalina, no fueron menores los que la comunicó el Santísimo Sacramento del altar, donde está Jesucristo real y verdaderamente escondido bajo las especies de pan. Preparó Dios este divino manjar para los pobres de espíritu, depositando en él toda su dulzura. Aunque quiere que tengamos presente lo que dijo á San Agustín: «Soy alimento de grandes, crece, y me podrás comer;» con todo Rosa, no había pasado de los años pueriles y ya se alimentaba con este divino manjar, porque sus confesores veían que su espíritu estaba muy crecido en la virtud y santidad. Y así en tan tierna edad no sólo la permitieron acercarse á la sagrada mesa, sino que con aprobación de ellos se alimentaba dos veces á la semana del pan de los ángeles. Y aun ella quería fuese con más frecuencia, pero no era posible á causa de que no le era lícito ir á la igle-

sia sin que la acompañara su madre. ¡Oh con cuánta razón exclamó San Bernardo: «Los que te gustan, oh bocado del cielo, mientras más te comen, hallan más cebo y más apetito!» Verificóso esto en Rosa, quien, cuanto más se alimentaba con este divino manjar, más crecía el hambre; obligando á sus confesores á que siendo de más edad la concediesen licencia para comulgar tres veces cada semana. Y ni aun esto bastaba para satisfacer su deseo; ya que había semanas en que por haber alguna fiesta más solemne ó día de particular devoción comulgaba hasta cuatro y cinco veces, recreándose á su gusto con el Pan de los ángeles. Sus confesores cuanto mejor conocían su espíritu, con tanta más facilidad le concedían licencia; testificando unánimemente en el proceso de su canonización que siempre habían encontrado su conciencia tan limpia; tan inocentemente pura, con tanta hambre de la sagrada Eucaristía y con tanto fervor de devoción, que no se habían atrevido á negarla la comunión. Por lo que fácilmente pudo conseguir Rosa su consentimiento para acercarse á la sagrada mesa y recibir este Pan celestial todos los días de la infra octava de Resurrección y Corpus Christi. Y en estos tiempos, para no ser notada de singular y huir del aplauso humano, todos los días variaba la hora de comunión; en lo que ponía gran atención y cuidado, teniendo siempre muy presente el consejo de San Gregorio el Grande, cuando dice: «Que para no perder el tesoro celestial es necesario esconderle; y que el que practica lo que es poco frecuente, causa admiración en todos.»

Es muy digno de notarse que no obstante la frecuencia de comuniones y la limpieza de conciencia de que estaba adornada, cuantas veces se llegaba al sagrado convite, otras tantas se acercaba al tribunal de la penitencia, y no por cumplimiento ni apresuradamente, sino precediendo un minucioso examen, con estímulos y sentimientos de verdadera contrición, y con gemidos y lágrimas; como si hiciera muchas se-

manas que no se acercaba á uno ni á otro Sacramento. El día anterior á la comunión mortificaba fuertemente su cuerpo con disciplinas y ayuno riguroso, para que el hambre del cuerpo acompañase también al hambre espiritual del alma. Para recibir decentemente al divino Esposo adornaba su espíritu con fervorosos afectos de reverencia, humildad y ardientes deseos, que sacaba de los libros de oración del V. P. M. Fr. Luis de Granada. Recogía todas sus potencias para que se ocupasen en servir y agasajar al nuevo huésped que al día siguiente había de venir á visitarla. Ponía en estos santos ejercicios tanta diligencia y cuidado, como si en todo el trascurso de su vida sólo aquella vez hubiera de comulgar. Cuánta fué la devoción de la virgen al acercarse ya al sagrado convite, siendo como era esmeradísima en tratar debidamente este sacramento; cuánta su composición y modestia en el semblante, cuánta la humildad de su interior, cuán encendido el amor de su fervoroso espíritu, no se puede declarar, según es debido, sino recordando el modo como se llegaba á recibir el divino sacramento Santa Catalina de Sena. Muchas veces cuando Rosa se acercaba á recibir la sagrada Hostia, resplandecía visiblemente su rostro, dando claros indicios y pruebas de la llama interior que en su pecho ardía.

Un día segundo de Pascua del Espíritu Santo, diciéndose misa en la capilla del Rosario el P. Fr. Antonio Rodríguez, Predicador general, estaba Rosa de rodillas junto á la reja del comulgatorio para recibir con otros fieles á Cristo Sacramentado. Cuando llegó á ella el sacerdote con la forma consagrada vió que el rostro de la virgen despedía llamas; causóle gran admiración tan extraordinario suceso, por lo mismo que entonces no comprendía lo que podía significar tan admirable y súbito resplandor. Mas después, viendo repetidas veces el prodigio, conoció que salían de Rosa, cuya alma al recibir la sagrada Eucaristía se encendía en un fuego de amor tan vivo y tan poderoso, que hasta hacía res-

plandecer cual una antorcha su rostro, despidiendo rayos de luz por los ojos. El Maestro Fr. Luis de Bilbao, dando la comunión á la virgen en la misma capilla después de la misa, advirtió muchas veces que tenía el rostro bañado de luces celestiales, tanto que no pudiendo sufrir aquellos reflejos, le temblaban los párpados, impotentes para fijarse en la claridad que despedía Rosa, semejante en tales ocasiones á un sol de resplandores celestiales á quien la hermosura de la gracia prestaba brillo deslumbrador, y el Pan de los ángeles, como él afirmaba, había transformado maravillosamente en un ser angélico por su belleza. El Maestro Fr. Juan de Lorenzana, por haber visto también semejantes prodigios, se movió á desear tratar más íntimamente á la virgen y conocer su espíritu más á fondo. Había dicho también el Maestro misa en la misma capilla y daba la comunión al pueblo. Llegando á Rosa, que acababa entonces de descubrir la cara, que tenía cubierta con el manto, vió en ella una hermosura superior á la humana, brillando con claridad deslumbradora, llena de resplandores y rayos de celestial belleza. Dióle la sagrada comunión y pasó adelante, cierto de que aquel aspecto no era de los que produce la tierra, ni cosecha de los mortales. Después pensando en ello más profundamente, dijo entre sí mismo: «Esta doncella, cualquiera que sea, paréceme forzoso que prive mucho con Dios. Ojalá fuera yo tan dichoso que pudiera conocer el estado feliz de esta alma tan ilustrada y tan abrasada en divinos incendios.» Cumplióle Dios el deseo cuando menos pensaba, pues dispuso la divina Providencia que fuese después, no sólo confesor de Rosa, sino también maestro de su espíritu, á quien hasta morir rindió obediencia la virgen como á superior suyo.

El R. Fr. Bernardo Márquez, siendo novicio, y ayudando á misa á los sacerdotes, como es costumbre, en la capilla del Rosario, llevando el vaso de agua, que suelen beber los que comulgan, las veces que le daba á

Rosa sentía que salían llamas de la virgen, como de un horno encendido; de tal suerte, que temió alguna vez se le abrasara la mano al darla el vaso, ó al volver á recibirle. Ignorante entonces del misterio, por ser tan poca su edad, dejaba pasar por alto el portento, contentándose con admirarse y callar. Quince años después de su muerte, siendo ya sacerdote y de juicio maduro, refirió con juramento el prodigio y el modo con que le sucedía. Y decía más, que de tan sagrados ardores iba también entrando en calor su corazón, aunque rudo y tardo entonces, por ser tan pocos sus años; y concebía especial veneración de la presencia del admirable Sacramento, viendo que con tanta religión y fervores le recibían.

Quiso Dios por estas señales exteriores y sensibles, que de algún modo llegase á noticia de los hombres cuán crecida era la llama que ardía dentro del pecho de Rosa. Pero cuando entraba en ella corporalmente aquel Señor que vino al mundo con el fin de sembrar fuego en los corazones, parecíale á la virgen que era toda un pedazo de cielo empíreo, que estaba entre serafines, que son todos puro incendio, y piedras que brotan fuego. De aquí se originaban los admirables efectos que hemos referido, que son tan connaturales y propios de este divino Sacramento; tan singulares, que nadie los conoce por experiencia, sino aquel dichoso espíritu que dignamente se dispone para recibirle. Mandándolo así los confesores, la obediente virgen ponía no pequeño conato en dar á entender algunos admirables efectos de los muchos que gozaba. Pero en llegando á explicarlos, casi en cada uno de ellos se hallaba falta de palabras, que pudiesen representarlos al vivo como eran; alegaba la esterilidad del idioma humano, disculpábase con que no le ocurrían voces dignas de la alteza de estas obras que Dios fabricaba en las almas puras. Y no sabía hablar de estas materias, sino afirmando que eran del todo inefables. Mas por no ocultarlos de todo punto, decía: que de la carne virginal de Cristo se di-

fundía en su alma cierta mansedumbre admirable, derivada del cordero celestial. Y que juntamente se fortalecía su espíritu con desusados bríos, comunicados de la sustancia de tan noble alimento; que sentía nuevas fuerzas, y se hallaba satisfecha y saciada, transformándose por afecto amoroso su espíritu en el de Cristo con modo inaudito y nuevo; por ser sustento suave, jugoso, poderoso y eficaz para convertirla en sí. Y que en el tiempo que duraba esta dicha, le parecía que amanecía en su corazón una serenidad apacible de esfera más alta y encumbrada que la que podemos imaginar; paz y tranquilidad, libre de borrascas y tormentas, tal y tan subida, que no hay comparación en lo humano con que pueda explicarse.

Llegando á tratar de la inmensidad del gozo que resulta en el alma de la estrecha unión con el Esposo amantísimo, de la eminencia altísima á que se llega con la fruición y presencia del cuerpo de Cristo, del sabor espiritual y de la dulzura de este maná soberano cuando se gusta en la fuente misma, de las ventajas de este fruto del cielo, de la abundancia que en sí contiene y de las delicias inefables que allí se hallan juntas, excediendo á cuantas acá gozamos, dábanle en rostro por cortas y poco significativas cuantas voces tiene nuestro lenguaje, cuantas hipérboles inventa la más elocuente retórica; y avergonzábale de echar mano de palabras, pareciéndole que era lo más acertado enmudecer, ó decir en compendio, que no hay cosa de gozo, alegría y júbilo en este mundo inferior, que ni por sombras se asemeje al gusto que se percibe en el precioso convite del altar; donde el alma, aunque sienta en sí hambre infinita, halla sin entenderlo puesta la mesa, y en ella un convite y pasto dignos del mismo Dios; y donde, como á tierno infante le aplican la boca á los pechos del Verbo encarnado; haciendo allí Cristo Redentor nuestro el más glorioso empleo de sí mismo, como lo es saciar y llenar á los espíritus hambrientos de todos los bienes que pueden desear. Todas estas al-

tísimas razones había oído de la boca de la virgen su confesor, el P. Maestro Lorenzana. Y así cuando en la última enfermedad de que murió, la administró el sacramento Viático, cuando elevada en éxtasis pasaba la forma, díjola estas breves razones: «Goza ahora, hija, de tu divino Esposo, y á solas con él recibe á manos llenas las delicias de su presencia, que es sin duda dulcísima: pídele, que como otras veces suele, con mano liberal y larguísima te llene de bienes.

Otro confesor de la virgen se acordó y refirió que solía decir ella: que cuando comulgaba le parecía que recibía en su pecho al sol mismo; porque todo lo que el sol visible obra en el mundo, recreando todas las cosas con su calor y luz, adornando la tierra con flores y frutos, enriqueciendo el mar con perlas, las entrañas de los montes con piedras preciosas y ricos metales, alegrando las aves, vivificando los animales y las plantas, iluminando los puntos más apartados del universo; todo esto obraba la real presencia de la carne del Señor de cielos y tierra en los espacios de su alma. Acaso por esta causa concedió la divina largueza á la virgen por especial privilegio, que las especies sacramentales durasen muchas veces en su estómago siete y ocho horas, sin corromperse; para que en aquel prolongado espacio de tiempo el pecho se enfervorizase y cobrase calor interiormente con la asistencia de este sol divino y se vivificase con la unión estrecha de este sacramento, que es todo vida.

Para que estos admirables efectos del Pan divino no quedasen del todo ocultos, proveyó Cristo que redundasen al cuerpo dos muy singulares y prodigiosos que fueron fortaleza y hartura. El primero le experimentó en Rosa su madre, porque cuando iba á comulgar á la iglesia, con los ayunos, disciplinas y vigiliass con que Rosa se preparaba, quedaba tan flaca, tan atenuada y desfallecida, que no podía dar un paso sin perder el aliento, y así se veía obligada á pararse y sentarse en los portales para cobrar nueva respiración y aliento.

Pero cuando volvía desde el templo á casa, después de haber comulgado, venía ya tan otra, eran tantos sus alientos y aceleraba el paso de tal suerte que dejaba atrás á su madre, y la animaba á que la siguiese; como si con Elías hubiese de caminar hasta el monte Oreb, en virtud del manjar que había recibido. El segundo efecto que era hallarse saciada y satisfecha corporalmente, la misma virgen lo descubrió, no sólo á sus confesores, sino también á los familiares de su casa. Volviendo á ella después de haber recibido el cuerpo de Cristo, apenas se quitaba el manto cuando luego se retiraba y se iba derecha á un aposento secreto y cerrándose en él hasta muy entrada la noche, meditaba muy despacio la grandeza del beneficio que le había Dios comunicado, sin salir á que nadie la hablase. Rogándole alguna vez que comiese un bocado, atendiendo á que el ayuno con que se disponía el día antecedente, la tenía debilitada y sin fuerzas, y que necesitaba de repararse, y que siendo domingo no debía ayunar respondía que: era tanta la hartura que había recibido en la mesa divina, que no podía su estómago admitir otros manjares; de tal modo, que sin hacerse mucha fuerza y ocasionarse mucho sufrimiento, ni podía pasar un bocado de pan ni una gota de agua. Si alguna vez, rindiéndose á la importunidad de sus padres ó hermanos, comía ó bebía después de haber comulgado, sentía dentro de sí tales molestias, que causaba lástima mirarla. Con lo cual, viéndolo por sus ojos, cesaron los de su casa de molestarla; y así la virgen perseveraba en su ayuno hasta el día siguiente, satisfecha con el Pan del cielo. Diéronle licencia los confesores, para que en una octava entera comulgase todos los días. Todos los pasó sin comer ni beber y sólo con las especies sacramentales, las que no sólo le quitaban el apetito de otros manjares, sino también hacían incapaz el estómago para recibirlos. Sucesos son estos muy semejantes á los que de Santa Catalina de Sena refieren las historias; para que así cons-